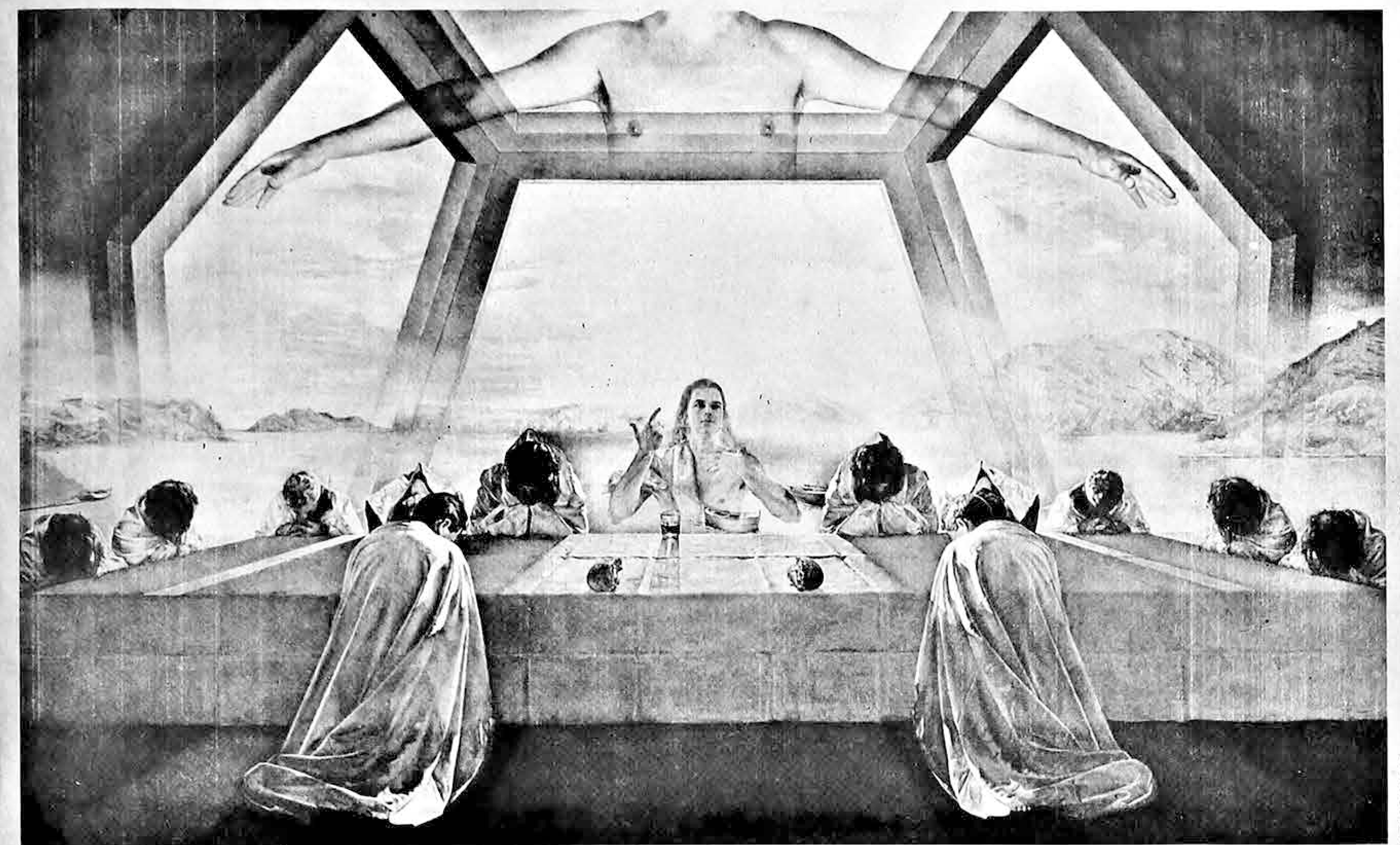
PRESENCIA

La Paz, Bolivia, Jueves 7 de Abril de 1966

SEGUNDA SECCION



"El Sacramento de la Ultima Cena" (Salvador Dalí)

Canto Coral de los Instrumentos de la Pasión

Comenzaba en los surcos la muerte de la semilla.
Ardía su renovación en la desesperada luz de la púrpura.
Tú la amabas.
Tú escribías, ¡oh letra escarlata!,
retorciendo tus brazos como un árbol que ha perdido sus pájaros.
Tú marcabas a fuego la tarde del mundo.
¡Creced detractores! ¡Cizaña! ¡Esta es vuestra hora!
¿Quién ha levantado su planta sobre esta tierra a cuchillo?
¿Qué árbol mendigo, harapo vegetal, crece en tu silencio?

Y se asentó sobre su edad la gran madre Ceiba
secular y lenta con el testimonio de la madera:
"Conozco la biografía de un árbol -dijo-:
su genealogía poderosa en la vegetación del misterio,
su infatigable paternidad de semilla en semilla.
Conozco un árbol sacerdotal, heredero de la oración y de las manos
(que imploran,
cuyas ramas han elevado su grito por encima de las espadas.
Conozco un árbol a cuya diestra un ángel ha crecido,
levantando diariamente su estatura.
Sus duras manos excavan debajo del Testamento,
porque las raíces cruzan toda la memoria
y todo el olvido del hombre".

Entonces se levantó el metal del gran hermano Hierro -iniciado
(en el misterio de la sangre-
y arrancó su grito, su estructura penetrante: "Canta, lengua -dijo-;
canta la virtud del leño salvador;
canta la solicitud de la madera
y su flotante piedad para los náufragos.
Todo barco canta; el Arca que arriba al iris,
la navecilla fiel sobre las olas
donde vamos apiñados,
incómodos y hermanos,
protestantes del viento o sabios dictaminadores contra la ruta;
canta la Iglesia navegante
el timón en manos del cansado pescador,
su ensangrentado mástil solitario: cruz de la tempestad y de la
osadía".

Y se levantó el triste hermano Látigo flagelante -el estridente
(ecuador que ciñe al aire débil-,
y en sollozantes coyunturas sus delgados miembros
cantaban: "¡Oh Cruz,
buitre sobre los siglos,
eterna ave de las altas cimas
insaciable devoradora de la muerte!
¿Quién recorre cumbres,
quién anida en el beso moribundo,
en el pecho desconsolado,
en la dura pared hostil contra el hastío?
¡Quiero tu aletazo en el grito de la certidumbre,
pájaro del Gran Consejo,
vuelo de resurrección,
quiero tu resonante piar en el cenit:
"¡Ay, ay, ay de los que habitan sobre la
tierra!";
tu inenarrable gemido,
¡oh Cruz emplumada, empolladora del mundo,
caliente, misericordiosa, reuniendo tus polluelos,
celeste Jerusalén".

Y se levantó la punzante voz desheredada,
la hermana Zarza -rústica epiléptica-,
arrastrando su vegetal destrozo.
"Pido una estrella -dijo-, pido en su gota de firmamento
tu brújula luminosa.
Epifanía de la rosa sideral -signo del gran Rey.
Aparezca tu luminaria sobre la casa de los humildes,
goce tu lumbrera el hombre inesperado,
magia estelar del pan,
guía del alba, ¡oh bronce del horizonte,
constelación de lágrimas felices.
¡Fuego de espada!

Y se levantaron la hermana Hiel de la Amargura
y la Risa y la Saliva de las sombras:
"Sabemos -dijeron- que este árbol nace de la boca de los hombres.
Sabemos que este árbol crece del silencio de los muertos.
Sabemos que su fruto es el corazón: ¡manzana de la miseria!"

Entonces se levantó el Hombre, culpable y salvador.
El Hombre contra sí -en su agonía y gloria-,
laurel y espina sobre su maldita frente,
verdugo de su sueño
y Dios de su nostalgia.
"Cruz es mi cuna, cadalso del primer grito -dice-.
Cruz el amor del cuerpo, patíbulo del gozo.
Cruz el lecho donde yace la cotidiana agonía.
Soy mi pendiente suplicio del árbol de mis brazos.
Clava mi mano el tacto tentador y prisionero.
Clava mis pies sobre las rutas insaciables
el peso, el tiempo, el cuerpo en cruz,
y aquí, clavado a esta suma
-al más y más de muerte-, soy la vida.
Cruz es esta ruptura del ser en tierra y cielo.
Cruz este amor que sale de las manos al nivel de las doncellas,
o que se eleva del llanto a la altura del ángel.
Cruz porque un hombre ha sido clavado en mi deseo.
Cruz porque un Dios ha sido crucificado sobre mi cuerpo".

Cuando el Hombre dijo su última palabra,
se levantaron las tinieblas y las sombras.
Todas las criaturas estaban en el cáliz de las tinieblas.
Todas las criaturas eran del linaje de las sombras.
"Oid -dijeron-. Hemos sido construidas a semejanza de este árbol,
y toda flor de criatura fue marcada por su señal.
¡El vértice de los vientos canta su signo,
la unión de los elementos y el cruce de los caminos!
Toda ave que abre sus alas para sostener el canto de su ruta,
toda reunión de estrellas sobre los cuatro puntos del destino.
Todo hombre extendido para el amor
conmemoran la impasible balanza de tu juicio:
¡Oh beato sostén! ¡Oh fértil equilibrio! ¡Oh fiel Cruz!

PABLO ANTONIO CUADRA



"LA ULTIMA CENA Y LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA"

(de "N.S. JESUCRISTO según los evangelios" por L. CL. FILLION)

Los escritores sagrados no señalan ningún suceso de importancia que pudiera ocurrir el Miércoles Santo. Jesús pasó sin duda todo el día entero en casa de sus amigos de Betania en el recogimiento, la oración y coloquios con los que muy pronto iba a dejar huérfanos.

En la mañana del jueves llamó a sus dos discípulos favoritos, Pedro y Juan, y los envió a Jerusalén, diciéndoles: "Andad y preparad la Pascua para que comamos"....... Los dos Apóstoles respondieron: "¿Dónde quieres que la preparemos?" Díceles Jesús:

"Así que entrareis en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre. Y diréis al padre de familia de ella: El Maestro te envía a decir: ¿dónde está la pieza donde yo he de cenar el cordero pascual con mis discípulos? Y él os enseñará una sala grande aderezada; preparad allí lo necesario".

Con estas instrucciones salieron Pedro y Juan de Betania y corrieron hacia Jerusalén para preparar todo lo necesario para la cena. Pronto hallaron el cenáculo, conforme en un todo con lo que Jesús les había dicho.

Debió ser al empezar la cena y con motivo de la colocación en la mesa cuando se promovió entre los Apóstoles una contienda que justamente nos parece del todo impropia y ajena a las circunstancias. Se preguntaban agriados y desabridos, suspicaces y envidiosos, cuál era el primero entre ellos. No es la primera vez que discutían este punto. Jesús cortó muy pronto esta triste pendencia, refrescándoles, como otras veces, el gran principio de la humildad cristiana. Jesús les dijo:

"Los reyes de las naciones las tratan con imperio, y los que tienen autoridad sobre ellas, se llaman bienhechores. No habéis de ser así vosotros; antes bien el mayor entre vosotros pórtese como el menor; y el que tiene la precedencia, como sirviente. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Con todo eso, yo estoy en medio de vosotros como un sirviente. Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en mis tribulaciones. Por eso yo os preparo el reino como mi Padre me lo preparó a mí; para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel".

En este momento tuvo lugar la escena tan conmovedora del lavatorio de los pies. Jesús acaba de prescribir la humildad a sus Apóstoles. Les había dicho entre otras cosas: "Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve". Ahora va a enseñarlo con el ejemplo y poner El mismo su palabra en práctica.

Cuando se acercó a Simón Pedro, se entabló un diálogo entre el Maestro y el discípulo, donde se manifiesta la viva fe, la humildad, el corazón ardiente del jefe de los Apóstoles. "Señor, ¿tú me lavas los pies?" Respondió Jesús: "Lo que yo hago, no lo entiendes ahora: sabráslo después". En efecto, luego explicará el Salvador la significación moral de ese acto. Persistiendo en la resistencia, replicó San Pedro: "Jamás me lavarás tú los pies". Dícele Jesús: "Pues si no te lavo, no tendrás parte conmigo". ¡Verse separado de su Maestro a quien tanto ama! Por nada del mundo podría consentir esto San Pedro. Consiente, pues; pero pasando de un extremo a otro: "Señor, no sólo mis pies, sino las manos también y la cabeza". "No -le dice el Señor-: el que acaba de lavarse no necesita lavar más que los pies, porque ya está todo limpio".

En este sentido añadió: "Y vosotros estáis limpios", es decir, no tenéis ningún pecado grave de que reprenderos, y basta lavaros de vuestras faltas ligeras o leves. Con todo, Jesús tuvo que hacer una restricción dolorosa, pensando en Judas: "Vosotros estáis limpios; más no todos".

"En verdad, en verdad, que uno de vosotros me ha de entregar", exclamó. Turbados, a su vez, los Apóstoles se miraban unos a otros, consternados, no pudiendo conocer de quién de ellos hablaba Jesús. Pasado el primer momento de asombro, cobraron valor y se atrevieron a preguntar a Jesús todos juntos: "Señor, ¿es que soy yo?" .... Impresionado acaso al oír estas palabras, o más bien temiendo ser descubierto por el Maestro, le preguntó el mismo Judas: "Maestro, ¿soy yo?" Y Jesús le respondió en voz baja: "Tú lo has dicho".

Jesús dijo entonces al traidor: "Lo que haces, hazlo cuanto antes". Así le manifestaba nuevamente que lo sabía todo y lo despedía ya para que fuera a realizar, si tenía valor, su cínico proyecto.

Judas se salió inmediatamente.

La marcha de Judas fue un alivio y calmante para el alma del Salvador, el cual ya más sereno

(Pasa a la página 3)

EL HUERTO DE GETSEMANI

Ya la luna se desflecaba por la ciudad dormida, cuando abandonaron el Cenáculo con dirección al huerto de Getsemaní. En el camino el Maestro les habló de la abominación que caería sobre Judea y de su segunda venida sobre las nubes con gran poder y majestad. "Y enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo". Les explicó que pasado un tiempo ya no le verían y pasado otro volvería a estar entre ellos. Entonces algunos de sus discípulos se preguntaron: "¿Qué es esto que nos dice?" Y Jesús comprendiendo esta duda aclaró sus palabras:

- En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se volverá en gozo. La mujer, cuando pare, siente tristeza, porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de la tribulación, por el gozo que tiene de haber venido al mundo un hombre. Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie será capaz de quitaros vuestra alegría. Y en aquel día no me preguntaréis nada; en verdad, en verdad os digo: Cuando pidiéreis al Padre os lo dará en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo.

Jesús llevaba a sus discípulos de las apariencias de la muerte a la realidad de la vida, a la clave de los goces eternos después de las horas de tribulación y tormento. Para alcanzar esa plenitud les aconsejó pedir en su nombre para recibir. Pedir al Padre en nombre suyo para aquietar el corazón y recibir los beneficios de la suprema consolación. Pero antes es preciso ser un mendigo en Cristo y un desposado en el dolor que gime y llora para alcanzar a través de las lágrimas de su sufrimiento y de su plegaria el precio de la redención.

Pronto alcanzaron el límite de la ciudad. A la luz de la luna se perfilaba el largo follaje de los álamos que, inmóviles, parecían recoger en secreto temblor los pasos rápidos de Jesús y sus discípulos. La sombra del monte de los olivos caía sobre ellos como un peso inmenso del que no podían liberarse. Allí, en el huerto de Getsemaní, Jesús solicitaría la multitud de las misericordias de su Padre para soportar todo un mundo de congojas.

En una ladera del camino se apartó del grupo de sus elegidos y solo acompañado de Pedro, Santiago y Juan comenzó a trepar la pendiente. Las cuatro figuras movíanse a la luz de la luna con cierta prisa; entre los finos álamos y las siluetas de los pinos encorvábanse y levantábanse en un afán de ganar la cima.

Ya en el huerto de Getsemaní, el dulce Jesús se apartó de sus tres discípulos para buscar un lugar apropiado y dialogar con su Padre. Encontró el lugar en el corazón mismo del huerto y allí, como solitaria arista refugiada en el silencio, se preparó para pasar por la primera prueba de los tormentos de su Pasión. De pie, con la mirada perdida en la antigua ciudad de David, cobró ánimo para fortalecer su carne humanamente débil. A ratos un manto de oscuridad cubría la luna y entonces hacíase más despiadada y desgarradora la lucha entre su voluntad divina y su voluntad humana. Tenía miedo de hinonarse para preparar su espíritu en el deseo loco de redimir al hombre. Allí estaba en una soledad absoluta, oscilando como el más débil de los hombres, antes de caer de rodillas y unir sus manos para orar. Allí estaba en una soledad absoluta vacilando como un pobre enfermo abatido por sus sufrimientos.

Todo dormía a su alrededor como cualquier otra noche del año; dormían los hombres y dormían las bestias con su silencio profundo. Entretejidos con los velos plateados de esa noche callaban las voces y se sosegaban las pasiones; sólo El, destacando su sombra un tanto agobiada esperaba retemplar su corazón para iniciar el diálogo con el Padre que está en los cielos y solicitar entre el dolor y el llanto de su espíritu la fortaleza necesaria. Nada perturbaba el silencio profundo de la noche; ni chirriar de cigarras o croar de ranas, ni murmullo de aguas discurriendo por su cauce ni leve rumor de hojas agitadas por el viento. Todo estaba tranquilo y sosegado en el preámbulo de la oración.

Ese silencio, esa soledad apenas quebrada por el lejano aullido de algún perro llegaba como un mar de angustias a su corazón. Prefiguración de los sufrimientos que lastimarían su cuerpo y laminarían su alma.

En un esfuerzo supremo logró al fin desprenderse de esa angustia hecha de silencios. Con un débil gemido dobló las rodillas y en humilde actitud entrelazó las manos ante la majestad y voluntad de su Padre. Quiso rezar, pero las oraciones que se iban formando en los pliegues de sus labios agonizaron al empuje de los más diversos pensamientos. Subían a su corazón limpias y puras como esos rayos de luna que venían de lo alto, pero al llegar a sus labios una y otra vez se diluían entre la turba inacabable de los pensamientos que parecían ir venciendo a su piedad. Ante sus ojos azorados, circundados por una sombra azul de cansancio, desfiló la multiplicidad de los destinos humanos -presentes, pasados y futuros- por los que derramaría su sangre preciosa y abriría sus brazos en la agonía de la cruz. Infinita cadena de vidas humanas: Desde la debilidad de Adán saboreando el fruto del árbol de la vida hasta la soberbia de los Césares de todos los tiempos encaramados sobre la dignidad humana, y desde el crimen de Caín hasta la mezquindad de la anónima criatura de la última generación. Inmovilidad y presencia de todos esos destinos con sus afanes y triunfos, sus tormentos y sus derrotas. Y sobre esa multitud infinita de destinos las alas del tremendo Príncipe de las tinieblas, agitando todas las pasiones, alentando todas las cobardías posibles y tejiendo la apretada urdimbre de todas las vilezas.

VIA CRUCIS

Más o menos al mediodía, Cristo acompañado de una siniestra comitiva inició su Vía Crucis, cargado del pesado madero de la cruz, el objeto más precioso e ignominioso que la humanidad guarda con celo para vivir y morir por El.

El polvo calizo de Jerusalén centelleaba con reflejos blancos y enceguecedores en esa mañana cálida y pesada. Un centurión a caballo seguido de los heraldos y la cuadrilla de los verdugos portadores de los instrumentos de la tortura, formaban la vanguardia; luego el pobre Cristo portando penosamente el palo transversal de la cruz vigilado por cuatro legionarios; y más atrás dos ladrones, condenados a la misma muerte atroz y enloquecedora, agonizando de temor bajo el peso de sus cruces; y por último, un pelotón de pretorianos que contenía a la chusma vociferante de Jerusalén.

El ambiente cálido que caía del cielo y subía de la arena candente sofocaba a esa enorme multitud que se dirigía al Gólgota. La primavera florecía con toda la fuerza de su savia como si la naturaleza se hubiera conjurado para agotar las escasas energías de la víctima divina. Cristo debilitado por la flagelación, las infinitas torturas y el largo proceso se arrastraba penosamente, encorvado bajo el peso ignominioso de la cruz. Los resplandores del sol le embriagaban de colores y cosas que giraban rápidamente en torno a El; su liviana vestidura de lino y la capa roja oprimían su carne como enormes planchas de hierro quemante. A cada paso sus movimientos volvíanse más torpes y significaban un mudo de esfuerzos sobrehumanos. La luz le hería con sus fulgores como finos puñales que atravesaban los pliegues más escondidos de su cerebro, para luego repercutir sobre todo su cuerpo que latía anticipadamente con los estertores de la agonía.

La comitiva había partido del Pretorio al mismo tiempo que Poncio Pilatos se lavaba las manos para poner a cubierto su responsabilidad. El redoble de los tambores, los agudos gritos de la turba judía y los graves sonidos de las trompetas heráldicas llegaron a los oídos de Claudia Prócula como notas fúnebres de un mal augurio. La Madre también oyó la explosión de esos ruidos confusos como el vibrar de siete puñales de angustia. Pero ni una sola lágrima se desprendió de sus santas pupilas, dorades como dos gotas de miel. Formada para el sufrimiento, herida en el mismo seno de su virginidad, inició su camino hacia el Calvario silenciosa y triste, quizá levantando el oleaje de sus más remotos recuerdos aquellos que se anunciaron con la visita del arcángel Gabriel, cuando Ella murmuró entre lágrimas de regocijo y asombro: "He aquí la esclava del Señor". Y ahora la esclava del Señor, la Madre de todos los sufrientes, abrazada estrechamente a la cruz de su Hijo, caminaba hacia el Calvario sostenida por la fuerza de Dios y por la fuerza de su fe. ¡Ni un solo grito exhaló al contemplar a su Hijo y a su Dios tan herido y tan martirizado!

Junto a María Santísima la mujer del arrepentimiento y el perdón; la dulce María Magdalena transformada por un feliz golpe de amor. Subía la cuesta como si no tuviera otra cosa que hacer en esa mañana candente que llorar y llorar mucho, tras la pesada cruz de su Señor. Y en su llanto deseaba ardientemente tomar sobre sus espaldas todo el sufrimiento del amado Maestro; cargar la cruz de sus pecados y la cruz de Cristo e inclinada por ese doble peso seguir el camino de su vida hasta llegar al sombrío atardecer y al fin de la noche, para despertar en el alba radiante y eterna de la bienaventuranza. ¡Fiebre y angustia, temblor y delirio por cumplir con ese loco deseo señalado por la Santísima Trinidad a la Segunda Persona!

Juan también seguía el Vía Crucis. Casi oculto en un recodo de la calle central de Jerusalén había

(Pasa a la página 4)

Haced esto en memoria mía

I

No fue bastante...!
en este atardecer tocando el lago
(cual pliegue de un telón que entró en el agua
por diluir colores)
cuando la brisa encima de la barba me besaba
y despidiendo el día
cantaban pájaros llorando la jornada...

No fue bastante...!
cuando la multitud de pie,
insomne,
velando mis palabras en la arena
había pedido pan...

Olvidaron los restos de una hogaza
soplé mi aliento en ella y fueron panes.
Crujientes panes de dorada espiga,
sol en la mano y en los dientes,
forzadora substancia para empujar montañas...
Aunque eran miles de saciaron miles
de sano regocijo por la sangre...
y un nuevo sol bañó sus cuerpos
y me escucharon todos hasta el alba
sembrando mis palabras en lo hondo
y en su dolido corazón de erales viejos,
de mi melena en ramazón desparramada,
plantaron gajos rubios de esperanza...

La primavera de Betsaida
colgada la llevaba en las ojeras
(barniz de pesadumbres presentidas)
sobraron doce cestos,
rebosando en su orilla como en el mar la playa
y el pan que dí no fue bastante...

II

No fue bastante,
tampoco fue bastante...!
cuando después de tres jornadas,
tres días de andar por los caminos
con una multitud sobre mi espalda,
las proveedoras secas de raciones
(piedras abandonadas del arroyo)
y sola la intención de vacías manos.
Porque en la tarde aquella,
sobre el linde del valle de luciérnagas,
encendidas temprano para alumbrar el rumbo de mi barca
(sandalia para andar por sobre el mar
que yo no precisaba)
cuando
desabroché torrentes de palabras flechadas
al corazón del hombre,
volcando en sus cabellos cántaros de mis lágrimas
para saciar sus labios de sed cortados,
muescas abiertas en lagares yermos...

Para quemar el hambre
sólo tenían siete panes
(rabia mojada como leños verdes)
insuficientes para dar hogueras...
soplé en los panes con mi aliento,
miré a lo alto los instantes
para invocar el gesto de mi padre
(potencia en espiral al infinito)
y fueron miles nuevamente,
panes saltando entre las manos,
tostada miel
acariciando el tacto
y un poco de mi vida en sus bocados...

Y fueron hartos...
en el frescor del aire,
tendidos en la hierba
(piel suave de la tierra)
el pan soy yo
-tuve que repetirles-

No estáis conmigo porque vísteis el milagro
(espasmo superior,
brote subiendo de la nada)
estáis por lo exterior del pan que os sacia...
yo soy el pan de vida,
no soy grano volando
ni copos descendiendo,
porque soy la corteza y el interior del trigo,
eternidad por los mesones para que muerdan caminantes
y nunca sientan la distancia ni la muerte...

Les dí este nuevo pan que me pidieron
(volición de mi mente y pasta de mi sangre,
flor erguida en constante
perennal arboleda)
pero no fue bastante,
el pan que dí no fue bastante...!

III

Y era el día de los ázimos,
momento de comer, ceñidos los riñones,
el cordero con hierbas...
he deseado comer
antes de padecer,
recordar con vosotros
los portones pintados con sangre del cordero
-les dije al caer la tarde!-
(sabiendo,
adelantándome
al mordisco solemne que se hincaría en mi carne,
a la porción colmada de trascendencia eterna
que iba a ofrecer a todos,
al desgarrón sin término
para ser masticado,
triturado,
ingerido
y ellos fueran abismo
y yo piedra en su fondo,
pero que puede alzarse de nuevo hasta la cima)
-habíase alumbrado un resplandor de lámparas!-
en vasijas de arcilla la torcida empinada
dibujaba siluetas sobre cuatro paredes,
(sombras de doce muertos,
cadáveres ya antes de futuros suplicios)
los cuerpos recostados
sobre el tablón del ágape
(extendido cadalso y altar al mismo tiempo)
detestaban alforjas para encender velones,
sacramentando el rito de la luz sin saberlo...
primicial mordedura al manjar de manjares...
no vieron con el alma
el crepúsculo rojo
(pincelada de sangre)
que derramé en el vaso
para abrirles los ojos...

Y tuve que decirles
que yo era yo
con otro más en mí
-parte mayor y el todo-
brindándose a bocados.
Que comían la vida y la salud del mundo
(alimento perpetuo)
tuve que abrirme en surco
(hilacha de mí mismo transmitida a los panes)...
partí el pan,
lo bendije,
dí gracias...
es esta mi obligación:
tomad,
comed mi cuerpo que se da por vosotros...
con los zapatos puestos comieron sin mirarme
y el pan,
el pan que dí no fue bastante...

IV

No fue bastante...
lloré en Getsemaní
(hilos de luz bajando de mis ojos,
también caliente sangre
abriéndose en canales que horadaban pupilas)
prado verde a mis plantas

(Pasa a la página 4)

¿DE QUE SIRVE UN CRISTO MUERTO?

Por FRANCISCO MERLINO

Con esta pregunta que, a primera vista, parece muy poco respetuosa, quiero plantear uno de los problemas más importantes para un creyente cristiano.

Estamos en la celebración anual de la Semana Santa. Se trata de recordar el acontecimiento más decisivo de la vida de Cristo: su pasión, muerte y resurrección. El hecho histórico es conocido. Pero lo que no parece evidente, por la forma con que se celebra el viernes santo, es el significado que :da a la pasión y muerte de Cristo.

PROCESION DEL VIERNES SANTO

Es tradicional la procesión del viernes santo, en la cual se lleva por las calles a Cristo muerto con todo el duelo con que se suele acompañar un entierro. En La Paz esta procesión reviste una solemnidad casi espectacular. Autoridades religiosas, civiles y militares junto a una masa impresionante de gente rinden homenaje a Cristo muerto, cuya imagen sangrienta y marcada por las horribles heridas de su pasión y muerte violenta no deja de conmover a quienes la miran. Frente a esta escena surge espontánea la pregunta: ¿de que sirve llevar a un Cristo muerto? ¿Se trata de rendir homanaje al sacrificio de un gran bienechor de la humanidad, víctima de la incomprensión, de la ingratitud y de la violencia? Sin duda, aun vista de esta manera, la pasión y muerte de Cristo merecen ser recordadas, así como se recuerda el valor y el sacrificio de los grandes mártires y héroes de la humanidad. Es un sentimiento de admiración y de gratitud que surge espontánea en el corazón del hombre. Pero si la pasión y muerte de Cristo son recordadas con este simple sentimiento humanitario, por más noble que sea, no pasa de ser una demostración de duelo y de admiración, sin tener otra finalidad que la de despertar una emoción pasajera. No se ve como el sacrificio de Cristo pueda tener relación con la fe de quienes creen en El y en su obra salvífica. Si Cristo ha sufrido y ha muerto como puede sufrir y morir cualquier héroe, vana es nuestra fe en El. Un muerto es un muerto; y su retorno a la vida se torna muy problemático. Puede tener interés su doctrina y su ejemplo de heroísmo, pero su sacrificio personal ya no tiene valor, sino como recuerdo histórico. De nada sirve apoyar una fe viva en un ser muerto.

He ahí la razón de ser de mi pregunta: ¿de qué sirve un Cristo muerto?

EL PORQUE DE LA MUERTE DE CRISTO

La contestación a la pregunta depende del valor y significado que ha tenido la muerte de Cristo para la humanidad de todos los tiempos. Esto no lo podemos conseguir sino aceptando los acontecimientos pascuales a la luz de la Fe. No se trata de recordar a un hombre cualquiera, sino a un hombre que ha hablado y actuado con un poder y una dignidad más que humana. Se trata del Hijo de Dios encarnado personalmente en Cristo, puro como Dios, cargado de responsabilidad como los hombres.

Jesucristo en efecto se ha presentado a la humanidad no como hombre cualquiera, sino como quién llevaba en sí una dignidad y una misión divina. El Evangelio gira todo alrededor de esta verdad única y extraordinaria: Cristo es la encarnación del Hijo de Dios. La historia precristiana del pueblo judío también se teje en la línea de una esperanza, fundada en la fe, de un Mesías o enviado de Dios que tenía que realizar la redención de Israel. Los profetas, hombres inspirados, han mantenido viva esta esperanza, aclarándola y depurándola de la tendencia del pueblo judío a identificar la misión del Mesías con aspectos de carácter racial y político, especialmente en los tiempos más cercanos a la era cristiana. Cristo actuó en medio de los judíos como el Mesías prometido por los profetas. El dijo claramente encarnar en sí el designio de Dios de obrar la redención humana. Frente a la presión política y a la adversidad de la casta sacerdotal judía que se resistía a recibir su mensaje en un plan espiritual, por encima de toda preocupación nacionalista y racista, Cristo aclaró su misión mesiánica y testimonió con su vida y sus obras la posesión de un poder y de un mandato que no podía venirle sino de Dios, que llamaba Padre en el sentido más propio, como aparece de estas palabras que dirigía a los judíos: "En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que éste hace lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que El hace, y le mostrará aún mayores obras que éstas, de suerte que vosotros quedéis maravillados. Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo a los que quiere da la vida... En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán".

Los judíos no llegaron a entender a Cristo; de ahí la tensión entre El y ellos; tensión que le costó la condenación a muerte como blasfemador, por hacerse Hijo de Dios. Cristo no aceptó la muerte como una derrota, sino un designio del Padre, con plena conciencia y libertad. 'Ahora mi alma está turbada decía refiriéndose a su muerte, y ¿que diré? ¡Padre, líbrame de esta hora! Mas no, que para esta hora he venido al mundo". Y más claramente aún a sus discípulos anunciaba
a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, de los príncipes, de los sacerdotes y de los escribas y ser muerto y al tercer día resucitar''. En la última cena aclaró definitivamente el valor de su muerte, presentándola como donación de sí mismo hecha a Dios en beneficio de muchos. Lo que había manifestado ya con ésta expresiva imagen: "En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, quedará él solo; pero si muriere, llevará mucho fruto". El grano de trigo era El. Su muerte es una muerte que lleva en sí el germen de una nueva vida, como el grano de trigo que pasa de un estado de muerte para revivir a una nueva vida, llena de pujanza y de fruto. El estado de Cristo antes de morir era el estado de la humanidad privada de su vitalidad divina por un acto culpable del hombre.

El hombre sólo tiene consistencia en Dios y sólo puede vivir por El. Pero el "pecado" rompe este contacto vital y el hombre se queda con su propia existencia anulada y radicalmente incapaz de recuperar su contacto con Dios, que es la vida. El hombre es más pequeño que su pecado con que se desprende de Dios. Puede cometer el pecado, pero no puede tener conciencia de él con claridad equivalente a su terrible significado, No puede medir su importancia ni expiarlo. A pesar de ser él quien lo comete no puede incorporarlo a su vida ni repararlo viviendo. Se turba, se aniquila, se desespera, pero es impotente ante él. Sólo Dios puede dominar el pecado. Sólo El es capaz de penetrarlo, medirlo y juzgarlo. Y Dios ha querido saldar cuentas con el pecado para salvar al hombre por medio de su mismo Hijo, que juntamente con la igualdad divina con el Padre, llevaba en sí un espíritu, un cuerpo, un corazón humano igual a los demás hombres. He ahí el significado profundo de la muerte de Cristo, que sólo la Fe puede descubrir. Jesucristo quiso someterse por amor al Padre y por amor a los hombres, con plena conciencia, entera libertad y corazón sensible al sacrificio expiador de su vida, para devolver a la humanidad rescatada el poder de revivir en comunión de amistad y de vida con Dios. Nadie ha muerto como Jesucristo, porque su muerte ha sido una expiación redentora, que llevaba la vida. Su muerte ha sido una re-creación- en el sentido propio de la palabra-, una trasmutación de la existencia humana en un nuevo ser, en un hombre nuevo: el hombre de la resurrección.

LA ULTIMA CENA Y...

(Viene de la página 1)

y rodeado sólo de amigos fieles, pronunció estas palabras amorosas: ''Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi Pasión''.

Tomando de la mesa un pan ázimo Jesús lo bendijo, lo dividió y distribuyó entre los Apóstoles diciendo: "Este es mi Cuerpo, que se os da a vosotros''. Tomando después el cáliz, dio gracias a Dios, y lo hizo pasar de mano en mano, diciendo: ''Bebed todos de él, porque ésta es mi Sangre, la Sangre de la Nueva Alianza, que será derramada para muchos, en perdón de los pecados''. Luego, instituyendo el Sacramento del Orden después del de la Eucaristía, confirió a los once Apóstoles y a todos sus sucesores hasta el fin de los siglos el poder de convertir ellos también el pan en su carne, y el vino en su sangre. ''Haced esto en mi memoria'', les ordenó.

Mientras el cáliz consagrado iba de mano en mano, el divino Maestro pronunció otras palabras llenas de grandeza: ''Os aseguro que no beberé más del fruto de la vid, hasta que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre''.

Después de esto rezó Jesús con sus Apóstoles la acción de gracias, la que solían en este día, compuesta de muchos salmos. Luego entraron en conversación íntima. Jesús hizo primero tres profecías, llena de consuelo la segunda. Comenzó por profetizar a los once discípulos fieles la triste actitud que pronto tomarán con El: ''Todos os vais a escandalizar por mí en esta noche, según está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas''.

Vuelto entonces hacia Pedro le dijo el Señor: ''Simón, Simón, mira que Satanás anda tras de vosotros para cribaros como el trigo por zaranda; mas yo he rogado por tí para que tu fe no perezca; y tú cuando te conviertas, confirma a tus hermanos".

Pedro comprendió que su Maestro manifestaba alguna duda sobre su fidelidad. Así, no escuchando más que a su amor, hizo una ardiente protestación: "Señor, yo estoy pronto a ir contigo a la cárcel, y aun a la muerte. Aun cuando fueres para todos los demás un objeto de escándalo, no lo serás para mí''. Era enteramente sincero haciendo esta promesa. Jesús se contentó con responderle, y fue ésta la tercera profecía que decíamos: ''En verdad te digo que hoy esta misma noche, antes que por segunda vez cante el gallo, tres veces me has de negar''. Este volvió a insistir: ''Aunque me sea forzoso morir contigo, yo no te negaré''. Los demás Apóstoles hicieron las mismas declaraciones de morir antes que abandonar al Señor.

Pasando luego en apariencia a otra conversación, les recordó Jesús aquellos felices tiempos en que los envió por vez primera a predicar la buena nueva; y les preguntó: ''Cuando os envié sin bolsillo, sin alforja y sin zapatos, ¿os faltó por ventura alguna cosa?'' Respondieron unánimes: ''Nada nos faltó''. Su Maestro era entonces muy popular, y manifestaban gran simpatía a sus enviados. Pero desde ahora todo va a cambiar para los Apóstoles, como les dice Jesús: ''Pues ahora, el que tiene bolsillo, llévelo, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica y cómprela. Porque yo os digo que es necesario que se cumpla en mí todavía esto que está escrito: Y fue contado entre los malhechores; pues las cosas que de mí fueron pronunciadas están a punto de cumplirse''. No pudiendo ya contar con una hospitalidad generosa, y debiendo hallarse por todas partes en país enemigo, los predicadores del Evangelio tendrán que procurarse dinero, provisiones, y aun espada, para librarse de los peligros que amenacen su vida.

Cierto, el consejo del Salvador de comprarse espadas era sólo simbólico. Significaba pues: Ya podéis tener por descontados los odios y peligros que os esperan. Pero los discípulos lo tomaron a la letra y dijeron: ''Señor, aquí hay dos espadas''. Acaso las habían traído de Galilea, cuando Jesús les iba hablando varias veces de los peligros que corrían en Jerusalén. ''Basta'', les dijo el Señor, manifestando así qué no quería llevar la conversación más lejos sobre este punto.




''Cristo de Salvador Dalí''

MARIA SANTISIMA AL PIE DE LA CRUZ

Al pie de la cruz estaba María Santísima acompañada de Juan el Evangelista, María Magdalena, María Cleofas y José de Arimatea. Por un momento había querido apartarse de la hostilidad infernal que aguijoneaba a su Hijo y huir lejos de la multitud judía que clavaba la muerte sobre el corazón de su corazón. Pero la misma fuerza de su dolor y cariño le obligaron a permanecer al pie de la cruz, confundida entre esas caras torvas y de mala catadura que al no entender la caridad y el perdón no podían descubrir en su Hijo sanguinoso el resplandor de la divinidad.

La Madre siempre había llevado luto sobre su corazón y tinieblas sobre su alma preñada de soledades. Mas ahora al contemplar a su Hijo suspendido sobre el madero en forma de T parecía perder la luz de sus ojos y la mitad de su corazón. Allí estaba su Hijo y su Dios, la carne de su carne virgen retorciéndose en un dolor sin límites. Y esta sola idea permitía que su sufrir por el sufrir de su Hijo la sumiera en tremendas debilidades, en duros lamentos y casi en arranques de desesperación. Pero era la Madre de todos los vivientes y como cariñosa Madre de todos esos vivientes debía soportar la muerte de su Hijo sin entregarse a los sollozos de la desesperación. De ahí, que sólo bordeaba los límites del desconsuelo. Ella sabía que la Pasión de su Hijo abriría el manantial de la vida eterna a todos sus hijos; y por esta misma evidencia soportaba tamaña tortura sin caer en las tinieblas del sufrir que hace perder la razón y sume en la honda noche de la desesperación. La esperanza cuajada de los bienes extraterrenales que en promesa de amor y perdón legaba su Hijo a la humanidad, filtraba luz en la ciega noche de su dolor, inspiración y gracia, bálsamo y consuelo sobre su corazón rasgado por siete espadas. Ya durante el camino del Vía Crucis no se había quejado. Siguió los fatigosos pasos de su Hijo cargado de la cruz sin expresiones desmedidas ni gritos surgidos del hondón de su alma. La Madre triunfaba de sus dolores y de los dolores de Cristo con los ojos del alma fijos en el Padre Eterno: ''Esclava soy para todo lo que quiera hacer su Majestad de mí''.

La Madre recibía la sangre preciosa de su Hijo en el receptáculo sagrado de su corazón atravesado por siete puñales de fuego. La sangre de Cristo vertida en las agonías del huerto de Getsemaní y la sangre de la brutal flagelación, de la corona de espinas y la sangre del hombro llagado por el peso abrumador del árbol de la vida y la derramada en el Vía Crucis y la que brotó de las llagas... Las siete etapas del sufrimiento sangrante de Cristo convertidas en las siete espadas agudas incrustadas en el corazón de la Mater Dolorosa.

Amor vehemente y delicado, labrado por la pena. Amor vehemente y delicado que sobrepasó todo amor humano y, sin embargo, muy humano, extraordinariamente humano, porque María es Madre sin esposo terreno y María es Madre sin haber sufrido los dolores de la maternidad. Amor carnal y amor espiritual elevado a un orden incomparablemente superior por obra y gracia del Espíritu Santo.

Consumida por su pena permaneció las tres horas contemplando la Pasión. Rígida como una saeta no apartó sus ojos del cuerpo deformado y retorcido de su Hijo que en el naufragio infinito de su martirio dejaba subir y bajar a la muerte con un ritmo enloquecedor. María quiso sentir los mismos dolores de su Hijo, agregar a sus siete espadas quemantes los dolores de los clavos y los dolores del zarzal de espinos...

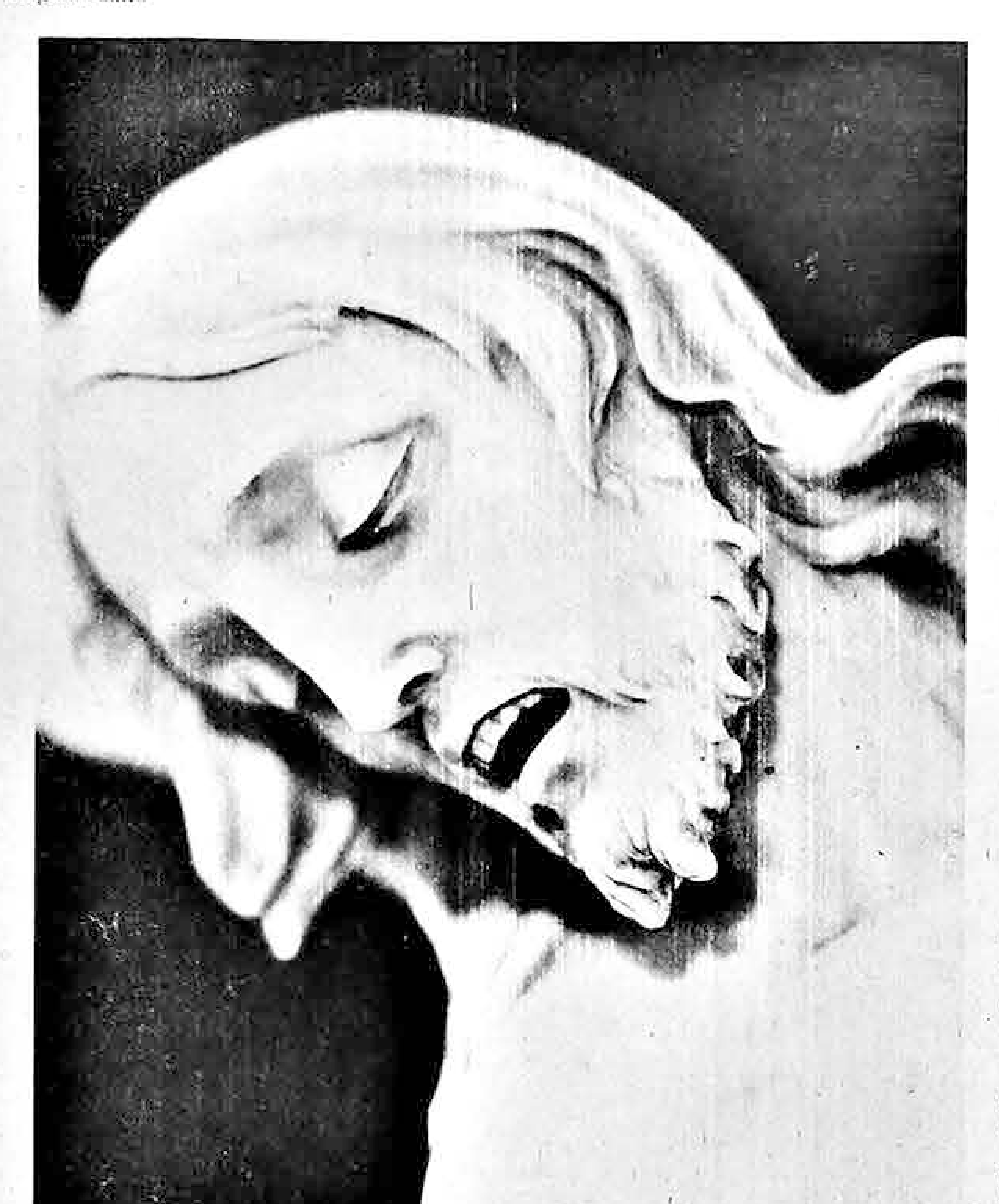
Sus manos, unas veces unidas en la plegaria y otras caídas sobre el claustro materno, parecían pedir para ella todo el ámbito espantoso de los sufrimientos que forjaban el misterioso acto de la Redención. ¿Qué más podía pedir la Mater Dolorosa por el fruto de sus entrañas, por la carne de su carne y por el tormento de sus desvelos amorosos?

María contempló durante tres horas cómo la muerte jugaba con la carne de su carne, y se estremecía al comprobar cómo se fijaba en las llagas y de pronto salía de ellas para correr por los brazos en cruz y el rostro y el tórax para luego bajar hasta los pies. La Madre no comprendía cómo el Padre permitía tanto martirio y no dejaba de una vez que el alma del Hijo se escapara por esos ojos turbios de angustia para llevar la calma, el sosiego, a ese cuerpo tan escarnecido que, según la profecía, se mostraba tan desmedrado que podían contarse sus huesos y las hondonadas de sus llagas.

María permaneció tres horas al pie de la cruz, con la impresión de que el tiempo había detenido su curso para derrumbarse ante el peso del dolor de Dios. El tiempo que no existe para Cristo viviente detenido en el mismo corazón de la Madre con calidades de tormento inconcebible.

Cristo con los ojos fuera de las óbitas parecía extraño al tiempo mientras las lágrimas de la Virgen marcaban segundo a segundo los detalles del tremendo drama. Cristo veía correr esas lágrimas ajeno al tiempo. Pero esas lágrimas llevaban sosiego y dulzura a su corazón. ¿Acaso las lágrimas de la Mater Dolorosa no salvan almas como la misma sangre del Hijo? ¡Y cómo venían esas lágrimas del alma y cómo se detenían en las pupilas para luego correr lentamente por el surco de las mejillas y perderse en el remolino de una pena amarga!

Los ojos de Cristo se clavaron con insistencia sobre su Madre, sobre ese su rostro bañado de llanto. Las tres horas al pie de la cruz convirtieron a María Santísima en la fuente dolorosa de la humanidad, en la paz de los sufrientes y en la calma de los agonizantes. Los ojos de la Mater Dolorosa miraban entre el velo de las lágrimas ese mar de pasiones que retorcía a su Hijo como el vehículo indispensable para llegar al reino de los cielos. ¡Benditas lágrimas transformadas en la escala de Jacob por donde suben las penas de los mortales y bajan las palabras de la alegría eterna!



REPORTAJES HECHOS HACE DOS MIL AÑOS EN SEMANA MAS TRAGICA DE LA HISTORIA

Se trata de testigos oculares, yo diría casi protagonistas, de aquellos días.

Tuvimos que acercarnos rápidamente a recoger de sus labios las impresiones todavía palpitantes de aquellos trágicos acontecimientos.

Estamos en Jerusalén. Hace dos mil años. Es la semana que precede a la Pascua judía.

Domingo de Ramos -
UN MUCHACHO

Gran multitud en la plaza que hay delante del templo, que se está disolviendo. En el suelo ramos de palma y olivo.

Pasa un muchacho polvoriento, de aire alegre, sonriente. Habla rápido con entusiasmo y un deje de humorismo.

- "¿Ha visto que día?". No se veía desde hace años algo semejante... ¿Esta herida en la pierna? No es nada. Subí a una palmera a sacar ramas para Él. Lo vi acercarse y me dejé resbalar pero un saliente me ha dejado esta señal... Pero estoy contento. ¡Qué triunfo! Estuve cerca de El, me miró y sonrió de tal modo... Gritaba el Hossanna de tal forma que estoy afónico. Si hubiera vista la respuesta que le dio a aquel fariseo, amarillo por la bilis, que quería hacernos callar "Si callasen estos niños gritarían las piedras". Y uno de mis amigos le pegó un silbido tan fuerte y tan cerca de las orejas, que giró sobre sus talones y se escabulló entre la gente. Pero aquella sonrisa... sí, aquella sonrisa que Jesús me echó, no la olvidaré jamás..."

Jueves Santo -
UN APOSTOL

Se abre la puerta del salón donde Jesús ha comido la cena pascual con sus apóstoles. El grupo sale y se aleja con el Maestro.

Es de noche. La luna llena ilumina la calle. Un apóstol se ha retrasado en la sala y aprovechamos para entablar nuestra conversación. Le preguntamos sus impresiones. Tartamudea al responder. Parece no encontrar las palabras adecuadas:

- "No sabría que decir... pero... es una cosa tan extraña... El Maestro parece preocupado. Habla de dejarnos... No llego a entender. Ya lleva un tiempo que va diciendo estas cosas, pero creo que mañana todo pasará y volverá a ser normal. La gente lo quiere mucho. ¿Vio el triunfo del domingo? En tres años se ha apoderado de las masas... Seguro que dentro de unos meses todo el pueblo estará con nosotros. ¿Recuerda lo que dicen los Profetas? El Mesías se pondrá al frente de la insurrección y haremos saltar a Pilatos, Herodes y a todos los extranjeros que nos están avasallando.

Sólo una cosa no he entendido esta noche. En cierto momento el Maestro tomó un pan y lo bendijo: "Este es mi Cuerpo... Luego toma el Cáliz con vino: "Esta es mi sangre que será derramada..."

¿Derramada? Luego, ¿debe morir? ¿Y la restauración del Reino de Israel?. Francamente no entiendo nada... Ninguno entiende... Pero siento que nos ama como nadie ha amado... Perdone, voy a juntarme con el grupo".

Se aleja hacia Getsemaní.

Viernes Santo -
UN CENTURION

Lo encontramos en la guardia del cuartel. Ha vuelto con sus soldados después de la ejecución del Gólgota. Se está quitando la coraza.

- "¿Mis impresiones? ¡Un día de asco!, eso es todo. Maldito país. Bien podrían haberme dejado en Tracia con mi Legión... ¿El motivo de la ejecución? ¿Y a mí me lo pregunta? Vaya a Pilatos. El es el que lo sabe... No vé que yo sólo soy un soldado y no el Gobernador. Pues sí, en el cartel estaba escrito: "Rey de los judíos".

Pero el hombre que hemos crucificado, sí, el Rey de los judíos, no era un delincuente vulgar. Era el Hijo de Dios, ¡lo puedo jurar! ¿Cuándo usted ha visto a las tres de la tarde oscurecerse el cielo, sacudirse la tierra como movida por un terremoto espantoso, al grito de agonía de un condenado a muerte?... Si lo hubiera visto como yo... Ni un insulto, ni un grito. Rezaba también por nosotros... ¿Ve esta lanza? Ha entrado hasta aquí en su costado. Se lo abrí de un solo golpe. Aquella lanzada, no sé por qué, la tengo y la tendré siempre presente ante mis ojos... Diría que he visto el Corazón de Dios..."

Viernes de noche -
EL MUCHACHO DEL DOMINGO PASADO

Calles repletas hacia Jerusalén. La Pascua judía se acerca a grandes pasos. No hay la alegría acostumbrada de las grandes fiestas. Parece que una plancha de plomo ha caído sobre la ciudad.

Los peregrinos entran en el Templo, y ven el velo rasgado de arriba abajo y quedan pensativos. En las calles circula el rumor de que algunos muertos han resucitado y se han aparecido en Jerusalén.

Mientras salimos de la ciudad, vimos al niño que nos habló la semana pasada. Pero qué cambiado, triste, con los ojos rojos por el llanto.

- "¡Ha sido una canallada! ¡Una traición en masa!... ¿Qué quería que hiciésemos los muchachos? Lo espiábamos con el corazón en la boca desde las esquinas y rendijas de las ventanas mientras pasaba, desfallecido, con el madero a cuestas. Oíamos gritar al populacho pagado por los fariseos... Corrí hasta el Gólgota. He visto clavarlo en la cruz, he oído los golpes del martillo. ¡Espantoso! Acaba de pasar un batallón de soldados. Dicen que van a cuidar el Sepulcro por orden de los fariseos. ¡Canallas!. Siempre le tuvieron miedo, y ahora que está muerto todavía más... Pero nos ha querido tanto, tanto, y lo han matado, lo han ma..." (Rompe a llorar).

Mañana de Pascua -
UN SOLDADO

En Jerusalén son muchos los que hablan en voz baja. Parece como si algo excepcional hubiera sucedido esta noche. Nos acercamos a un grupo de peregrinos; un soldado del Templo les habla mirando a su alrededor con desconfianza.

- "¡Increíble! ¡Parecía el fin del mundo! La enorme losa del sepulcro serán 30, 50 quintales, fragmentada como si fuese de madera... Un terremoto espantoso, un resplandor que cegaba, como si se mirase al sol de cara... Escapamos todos. Una cosa es combatir contra un enemigo que se ve, y otra es... Sí, sí, el hombre que los Fariseos hicieron matar ayer, ¡no era sólo un hombre! ¡Ha resucitado, más potente que antes! ¡Era realmente el Hijo de Dios! Se han dado cuenta ahora... Y nos han pagado para cerrarnos la boca!... Pero a Dios, ¡no lograrán cerrarle la boca! ¡Y todo el mundo lo sabrá, todo el mundo'".

VIA...

(Viene de la página 2)

presenciado el paso de esa horrible comitiva de demonios que arrastraban a su dulce Señor hacia la muerte. Estaba tan desconcertado que apenas daba crédito a lo que sus ojos veían. No podía comprender cómo la vergüenza, la criminal excitación y la ferocidad se mezclaban para agujonear al Hijo de Dios. Apenas podía contener su indignación al ver al Maestro confundido con esos dos ladrones, amigos de Barrabás. Un sudor frío anegaba su cuerpo fino y esbelto. Su pobre Señor parecía una gaviota vagabunda que abría sus alas heridas en un desesperado afán de vuelo. Juan paseó sus ojos, terriblemente dilatados, entre esa masa de gente sin alcanzar a comprender cómo la furia humana puede cebarse con el martirio de un inocente que había protegido a los pobres en amor, misericordia y justicia.

Pero, ¿dónde estaban esos pobres? Posiblemente confundidos entre la multitud, sin compartir la sufriente soledad del Señor. La población pobre de Jerusalén le había abandonado después de beneficiarse durante tres años con sus prodigios y sus milagros. Las palabras de Isaías: "¡Cuán bellos son los pies de Aquél que sobre los montes anuncia y predica la verdad", repetidas por ellos durante el Sermón de la Montaña, no resonaban en esa mañana clara que parecía abandonada de la protección de los ángeles.

Sólo José de Arimatea seguía la ruta del Vía Crucis, fustigado sobre su alma la ira del pueblo elegido: "En verdad, es una hierba mi pueblo, una hierba más seca que la madera. Mi pueblo está muerto, muerto sin salvación". Y ese pueblo muerto -ojos ciegos y oídos sordos- se arrastraba temerariamente por las rutas de la noche eterna.

Pero José de Arimatea prefiguró en su lenta marcha tras la cruz la vuelta de Israel hacia Cristo: "Entonces ha de salvarse todo Israel como está escrito: Saldrá de Sión el libertador y desterrará de Jacob la impiedad y tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos en habiendo yo borrado sus pecados". En la última noche eterna llegará la salvación para el pueblo deicida; la ansiada felicidad que es una inquietud secreta, una ilusión tantas veces desgarrada y un pensamiento oculto.

A.P.

EL ULTIMO SUPLICIO

(de "N. S. JESUCRISTO según los evangelios" por:
L. CL. FILLION)

El centurión a caballo abría la marcha; detrás iba el pregonero dando a conocer los motivos de la sentencia. Después iba la divina Víctima caminando penosamente, cargada con el peso grande de la cruz, en la cual pronto sufriría mil tormentos, y cercado de cuatro soldados que después de crucificarle debían guardarlo hasta que rindiera el postrer aliento. Antes de empezar esto le quitaron la clámide roja que por irrisión y befa habían echado en los hombros del Divino Jesús, volviéndole a vestir su túnica. Los dos ladrones, cuya ejecución debía coincidir con la suya, iban detrás, llevando igualmente su cruz, y acompañados de sus verdugos. Por todas partes se apretaba una turba tumultuosa de gente, que llenaba al Salvador de toda suerte de escarnios.

Se ha dicho bien, que "sería un hermoso problema resuelto el encontrar en Jerusalén y dar con el camino recorrido por Jesús, cubierto de sangre divina, durante su Pasión". Por desgracia, las tradiciones relativas al Camino doloroso son casi modernas; es decir, que las estaciones señaladas hoy no se fijaron de un modo definitivo sino en la Edad Media. Sólo están determinados: el Pretorio, del cual es cierto que estaba situado en la torre Antonia; el Calvario, y el sepulcro; todo lo demás son conjeturas. Las transformaciones y mudanzas sucesivas y profundas porque ha pasado la Ciudad Santa, hacen casi imposible reconocer exactamente la línea recorrida; piérdese uno en el dédalo y laberinto de construcciones modernas, que impiden intentarlo. Desde el punto de vista de la fe una aproximación es del todo suficiente. Esta aproximación la tenemos. El camino de la Cruz, tal como existe en Jerusalén hace muchos siglos, mide cerca de doscientos pasos; su dirección general es de Este a Oeste. De las catorce estaciones, las nueve primeras están en las calles, las cinco restantes en la basílica del Santo Sepulcro.

Fue cabalmente al salir por la puerta de la Ciudad todo el cortejo, cuando los soldados usando del derecho de requerimiento, ejercido siempre en Oriente, obligaron a Simón de Cirene, que entraba entonces en la Ciudad, a llevar la Cruz en lo restante del camino.

La gran multitud que seguía la escolta oficial no se componía sólo de enemigos de Jesús y de curiosos indiferentes. Había también entre ellos buen número de gente amiga, entre la cual señala San Lucas algunas mujeres de Jerusalén, que no temían manifestar con sus lágrimas, sus sollozos y golpes de pecho en señal de duelo la viva simpatía que sentían por Nuestro Señor. Volviéndose hacia ellas les dijo Jesús gravemente: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que se diga: dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes: caed sobre nosotros; y a los collados: sepultadnos. Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, en el seco ¿qué harán?"

Con estas palabras profetizaba Jesús una vez más los grandes desastres y calamidades que habían de caer, cuarenta años más tarde, sobre la Ciudad deicida. Muchas de estas compasivas mujeres pudieron ser testigos de esto. El árbol verde, cargado de hojas, flores y fruto, era el mismo Salvador. El árbol seco representa a Israel impenitente, que no da esperanza ni vislumbre de fruto, y será cortado y lanzado al fuego sin misericordia.

Después de un caminar extremadamente angustioso para el divino ajusticiado, llegaron al Gólgota.

De conformidad con el uso judío, tolerado por los romanos, se ofrecía a los reos un vaso de vino generoso mezclado con mirra, en el momento en que iba a comenzar el suplicio. Era una especie de narcótico que hacía el cuerpo menos sensible a la violencia del tormento. Cuando presentaron a Jesús esta bebida, se contentó con poner en ella sus labios resecos, pero sin sorberla. El que estaba ya a punto de rescatar al mundo con sus sufrimientos, quiso padecer el último suplicio sin el menor alivio, en la plena posesión de todo su ser.

"Y lo crucificaron": es todo lo que nos dicen los cuatro Evangelistas con motivo del suplicio y tormento de la cruz, en el cual todo estaba combinado horriblemente para retardar la muerte lo más posible, acumulando crueldades y tormentos............... Mientras que estaban enclavando sus manos la dulce Víctima rompió el silencio por vez primera, no para lanzar un grito de dolor, sino para pedir a Dios perdón para sus verdugos. "PADRE, DIJO JESUS, PERDONALOS, porque no saben lo que hacen".

Cuando los soldados hubieron terminado su labor siniestra, se repartieron las vestiduras de su Víctima que la ley les adjudicaba. Eran cuatro, e hicieron cuatro partes o lotes probablemente: el manto, el cíngulo, las sandalias y el tocador con que se cubría la cabeza; y siendo partes desiguales echaron suertes sobre ellas. Por lo que hace a la túnica, era inconsútil, de una sola pieza de arriba abajo. Es muy fácil que las manos maternales de María la hubieran preparado; o la habría recibido de alguna de las piadosas mujeres. Los soldados dijeron entre sí: "No la dividamos, sino echemos suertes, para ver quién se la lleva".

Después de este reparto, los verdugos se sentaron al pie de la Cruz. En la cima de esta colocaron, según costumbre, una tablita o plancheta, en la cual pintaban, de negro o encarnado, la inscripción que indicaba la causa o motivo de la condena. Para Jesús, pusieron esa inscripción en tres idiomas: en latín, la lengua oficial en que se había dictado la sentencia, en griego y en hebreo, o más bien arameo, porque estas lenguas, en especial la última, eran muy frecuentes en Palestina. En su forma más completa, tal como la leemos en el cuarto Evangelio, se componía de estas palabras: "Jesús Nazareno, rey de los judíos". Como el Gólgota estaba situado cerca de la ciudad y en lugar muy transitado, muchos judíos la leyeron, y les picó en lo vivo el que así se atribuyera pública y oficialmente a un ajusticiado el título de rey de su nación. Los miembros del Sanedrín, que sintieron esta humillación más que nadie, se dieron prisa a enviar delegados a Pilatos para proponerle que modificara un tanto la escritura, de modo que resultara aceptable a todo el mundo: "No escribas: rey de los judíos, le dijeron, sino escribe que Él dijo: Yo soy rey de los judíos".

Esta vez el Gobernador se mantuvo firme, no teniendo que temer, y contestó con desdén: "Lo escrito, escrito".

Al mismo tiempo que a Jesús, habían crucificado a los dos ladrones, que parece haber sido más bien bandidos sediciosos que ladrones vulgares. Sus cruces fueron colocadas "una a la derecha y otra a la izquierda" de la del Salvador, como para rendir homenaje "al rey de los judíos"; mas en realidad, por un exceso de sarcasmo. Pero Dios lo permitió así para que se cumpliera otro anuncio de los Libros Sagrados: "Y fue puesto entre los malvados".

Ya hemos visto cómo en casa de Caifás y en el Pretorio, después de la sentencia de muerte pronunciada contra Jesús, criados y soldados encanallados insultaron y escarnecieron sin compasión al real ajusticiado. Esos ultrajes le persiguirán hasta la cruz, y toda suerte de gente, la turba de curiosos y transeúntes, el Senedrín mismo, los soldados y los ladrones, tomarán parte en esta cruel diversión. A su paso, las turbas lanzaban blasfemias contra el divino Crucificado moviendo la cabeza en señal de desprecio y diciendo: "Ea, tú que destruyes el templo de Dios, y lo vuelves a levantar en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz".

Otra clase de insultantes se componía de miembros del Sanedrín, en gran número de ellos, venidos expresamente al Calvario para gozarse en la agonía de su víctima. Y se decían entre sí, en tono irónico y mordaz: "Salvó a otros, y no puede salvarse a sí mismo. Si es rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en Él. Confía en Dios; pues que lo libre Dios ahora, si le ama, ya que dijo: Soy Hijo de Dios". El sarcasmo no podía ser más amargo, ni más sacrílego el lenguaje.

A ejemplo de las autoridades judías, los pretorianos de guardia motejaban e injuriaban al Salvador diciendo a su vez: "Si tú eres rey de los judíos, sálvate a ti". Y diciendo y haciendo, se acercaban al divino Crucificado y le ofrecieron en un vaso, mofándose de El una mezcla de agua y vinagre que era bebida ordinaria entre los soldados romanos.

En fin, uno de los ladrones, a pesar de sus propios sufrimientos que debían haberle inspirado compasión y lástima, no temió aunarse a estas bárbaras injurias. "Si tú eres Cristo, repetía con el pueblo y canalla, sálvate a ti mismo y a nosotros contigo". Pero he aquí que Jesús va a encontrar de golpe un defensor inesperado en la persona de otro bandido, el buen ladrón, como le llama el lenguaje popular. Sólo él tendrá valor para alzar su voz en medio de la multitud, para hacer una tierna apología del Salvador. Dirigiéndose primero al otro ladrón le dijo: "¡Cómo! ¿ni aún tú temes a Dios, estando en el mismo suplicio? Nosotros a la verdad estamos sufriendo con justicia, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho". Salido de tales labios este elogio de Jesús gana todavía más fuerza. Al ojo experto del criminal, pocos momentos habían bastado para juzgar de la perfecta inocencia de su compañero de infortunio, en el cual había admirado su resignación y noble calma. Vuelto luego al Salvador, le hizo esta súplica con acento de fe muy viva: "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino". No podía declarar y confesar más claramente que reconocía a Jesús como Mesías, y que creía, contra todas las apariencias externas, en su próximo triunfo y cercano establecimiento de su reino.

Jesús había guardado silencio al oír las blasfemias de todo género que herían sus oídos. Lo suspendió un instante para responder a la piadosa demanda del ladrón: "En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso". No, no esperará el día lejano de su glorioso advenimiento, para dar la paz y la salud a este ladrón convertido; este mismo día, en breves horas lo introducirá en el paraíso, o el descanso donde las almas de los justos esperaban la visita que debía hacerles después de su muerte. Tal fue la segunda palabra de Cristo moribundo; palabra de una suavidad incomparable.

La tercera es todavía más bella. Es parte de una escena conmovedora en extremo que San Juan ha escrito con tanta delicadeza como sencillez.

La Madre de Dios sufría entonces todas las congojas, todas las angustias que el viejo Simeón le había anunciado treinta y tres años antes; pero Ella olvidaba sus propias penas y dolores, para no pensar más que en las de su Jesús. El mismo sentía y participaba de las íntimas amarguras y sufrimientos que despedazaban el corazón de María; por eso quiso procurarle un consuelo supremo y endulzar o suavizar lo amargo del resto de su vida. Dirigiéndose a Ella con una mirada llena de ternura le dijo: "Mujer, he ahí a tu hijo". Al mismo tiempo con otra mirada señaló a San Juan; y luego le dice: "Ahí tienes a tu madre". Cierto, para María este cambio encerraba en sí algo de inefablemente doloroso. Porque, ¿quién podía ocupar cerca de Ella el puesto de su divino Hijo? La ventaja principal era para el discípulo, a quien Jesús daba antes de expirar una tal muestra de afecto, confiándole este tesoro incomparable. A lo menos, María no estaría sola después de la muerte del Salvador, y esto es lo que nota el Evangelista diciendo con antelación que, cuando Jesús dio su último suspiro, Juan condujo a María a la casa que él tenía en Jerusalén.

Jesús fue crucificado hacia la hora sexta, o del mediodía. Desde ese momento hasta la hora de nona, a las tres de la tarde, por tanto hasta el instante en que Jesús murió, el sol se obscureció, y las tinieblas, de carácter ciertamente milagroso, envolvieron en su negro manto no sólo la Ciudad deicida, sino toda la Palestina, y probablemente gran parte de las regiones circunvecinas.

A las tres de la tarde pronunció Jesús con voz fuerte estas palabras que San Mateo y San Marcos nos han conservado en dialecto: ELOI, ELOI, LAMMA SABACTHANI? "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Este grito de angustia, del salmo XXI, supone un desamparo y desolación inmensa en el alma de Cristo, que se sentía como abandonado de su Padre celestial. Pero si su llanto es dilacerante, desgarrador, es también de una resignación y conformidad enteramente perfecta. Llama a Dios, a El acude de porque en El ha puesto toda su confianza.

Tal fue la cuarta palabra de Jesús en la cruz. La cual dio lugar a un incidente que acaso no fue sino efecto de una equivocación, pero con su tanto de malignidad. Muchos de los concurrentes y espectadores de la mortal tragedia, sin duda judíos, porque los guardias no comprendían el arameo, ni conocían poco ni mucho a Elías, se dijeron mutuamente: "Ved cómo llama a Elías". Habiendo mal entendido, echaron a imaginar que Jesús llamaba en su ayuda al célebre Profeta, a quien los hijos de Israel no han cesado jamás de atribuir un poder extraordinario. Casi al mismo tiempo Jesús pronunció la quinta palabra: "Sed tengo". Hemos dicho más arriba que uno de los tormentos más intolerables de los crucificados consistía en una sed ardiente, y muchos pasos de los Salmos habían ya predicho que este tormento lo sufriría el Mesías. Uno de los asistentes corrió entonces, y tomando una esponja que había servido para las abluciones de los soldados, la templó o remojó en una mezcla acidulada de que ya hemos hecho mención; luego la ató a una rama de hisopo que tenía en la mano, y humedeció con ella los labios de Jesús expirante.

Cuando el Salvador gustó la bebida dijo: "Todo está consumado". Fue su sexta palabra en la Cruz. Grito de triunfo, al mismo tiempo que de obediencia. Jesús afirmaba así que había realizado sin excepción todas las profecías del Antiguo Testamento relativas a su vida, a su muerte y a su misión del cielo. Podía, pues, ya morir en paz, e ir a reposar en el seno de Dios. Inmediatamente después pronunció su séptima palabra llena de una confianza toda filial: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Luego, dando una gran voz, inclinó la cabeza, y por sí mismo, en la plenitud de su libertad, como convenía al Hijo de Dios, rindió el último suspiro.

HACED ESTO EN...

(Viene de la página 2)

y el olvidar durmiendo exhalando suspiros...
sembrados por la tierra,
cuerpos diseminados soñando mi vigilia...
y el pan que di no fue bastante...

Lloré
para todas las épocas,
por los doce durmiendo...
-Un rabel destemplado se quebró en mi garganta !-
lloré
por la muerte de Abel y por todos los crímenes,
por el fusil futuro quebrantador de huesos,
por el puñal en sombra accionando en continuo,
por la bomba y su humo que dibujaba un hongo
ante los ojos muertos y el cristal devastado...
lloré
mirando hacia los siglos pasados y futuros,
hacia todos los tiempos
y vi el rosal marchito por descuidarle el riego
(teddy-boy solitario,
arbusto abandonado)
lloré
por todas las angustias y el pan insuficiente...
no es bastante,
el pan que doy no es bastante...!

